

heroica; uno de los regentes secundaba estas miras; el grupo de adictos á Iturbide estaba en minoría, pero el ejército y las masas lo idolatraban.

Se veía claramente que Iturbide, fuerte con su popularidad, con su ejército y con la conciencia del inmenso servicio prestado á la Patria de que se consideraba autor, sufría con marcada impaciencia la sorda hostilidad del Congreso, como había soportado la de la Junta gubernativa. La prensa, las logias masónicas, que habían tomado gran incremento, *los viejos patriotas* que habían quedado con sus grados en calidad de auxiliares ó nacionales, se armaban para combatir al libertador. Éste, en el colmo de la exasperación, por lo que él consi-



D. José Hipólito Odoardo

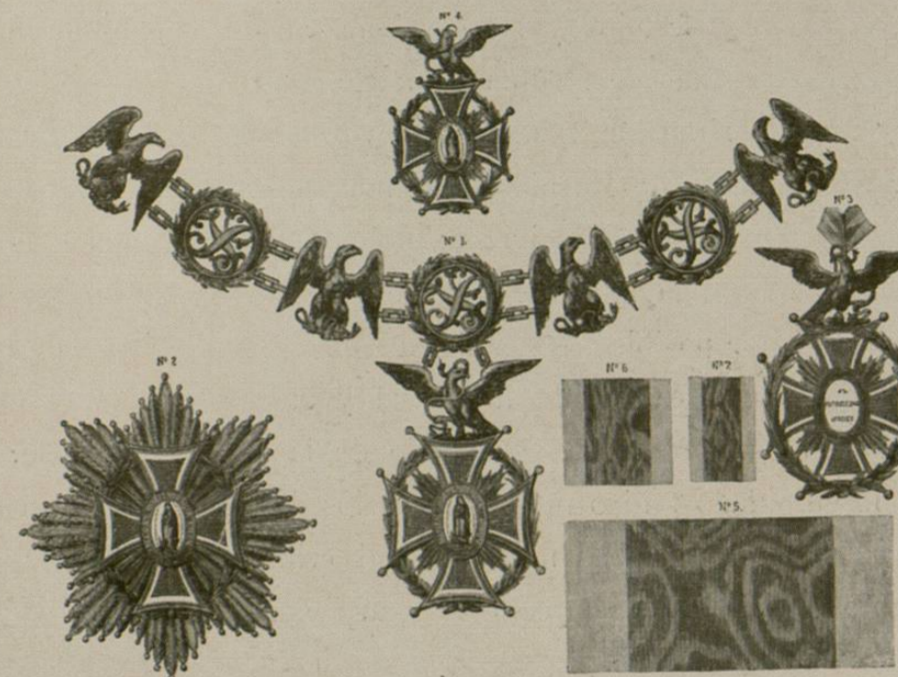
deraba como injusticia é ingratitud insignes, se valió de una formal tentativa del gobernador español de Ulúa, que quiso, apoyado en las fuerzas coloniales que aún no salían del país y en los arrepentidos, hacer una contra-revolución, para dirigir oficialmente, aunque con precipitación é incoherencia extraordinarias, una serie de acusaciones contra sus enemigos diputados y regentes. El resultado de todo ello fué un pequeño combate entre fuerzas mexicanas y españolas, al que se dió proporciones extraordinarias (el general Bustamante fué designado con el nombre de *héroe de Juchi*, lugar de la acción; como él hemos tenido por millares *los héroes* en México), y algunas escenas deplorables y conflictos personales entre el generalísimo y sus contrarios *en el seno mismo del Congreso*, según se decía

ya; Congreso y Regencia resultaron disminuídos moralmente; mas los adversarios de Iturbide lograron ponerlo en minoría, en la Regencia misma, y menudearon los golpes.

Entonces llegó á México la noticia de la repulsa indignada é irracional con que habían sido acogidos los tratados de Córdoba por las Cortes españolas; los borbonistas quedaron desconcertados y se pegaron á los republicanos y antiguos insurgentes, que dirigidos y organizados por las logias masónicas, comenzaron á hacer llegar al Congreso peticiones en favor de una república como las de Colombia, el Perú y Buenos Aires. Mas no era ese el sentimiento público; la exaltación contra España, un sentimiento inmenso de júbilo porque la repulsa de las Cortes había dejado al Imperio dueño de sí mismo y le había dado un carácter nacional, rompiendo la última liga posible con la metrópoli; un deseo vehemente de retar al poder de Fernando VII, poniendo frente á él á un monarca nacido del movimiento

mismo de la Independencia, eran los caracteres de la opinión dominante y avasalladora. Iturbide aparecía más que nunca ante las multitudes como un guía y como un faro: era el orgullo nacional hecho carne. Esto explica el *imperialismo* de los Gómez Farías y los Zavallas, los futuros jefes del partido radical, empeñado en extirpar del país hasta el último rastro de la preponderancia española.

El Congreso fué imprudente; empujado por los enemigos del generalísimo, que estaban gobernados por la masonería, en cuyas logias llegó á ser discutida la supresión de Iturbide, aun por medio del asesinato, propuso reglamentar la Regencia, prohibiendo á sus miembros tener mando de armas: el golpe iba derecho al generalísimo; Iturbide contestó con un pronunciamiento de la guarnición de la capital, que le proclamó emperador. Reunido el Congreso, en condiciones en que toda deliberación era imposible por la exaltación delirante de las muchedumbres, de los soldados y de los frailes, sancionó el movimiento de un modo ilegal, que después fué legalizado, sin embargo. Y el Imperio, nacido en Iguala, tuvo por jefe desde aquel momento (21 de Mayo de 1822) al «Emperador constitucional del Imperio mexicano, Señor Don Agustín de Iturbide, primero de este nombre,» como reza el decreto.



Insignias de la orden de Guadalupe

Es inútil la discusión sobre la conducta que debió haber observado Iturbide para evitar el escollo de un trono sobre arena cimentado; después de los acontecimientos y en vista de las consecuencias funestas de su ensayo, es sumamente fácil el papel de profetas retrospectivos, y ahora podemos darnos la satisfacción de una censura implacable, demostrando que más habría convenido á él y al país que, rompiendo los compromisos de Iguala, hubiese inaugurado una dictadura eminentemente ilustrada y organizadora, forma natural de los gobiernos de transición, hasta que las amenazas de España hubiesen terminado y la República, compacta y fuerte, se hubiese desprendido bien de la matriz colonial. En aquella situación el Imperio parecía una forma superior, por su prestigio semidivino, á la dictadura; la ambición del que creía, no sin apariencia de razón, que todo se lo debía la patria, quedaba satisfecha por este premio supremo á un supremo mérito, y el pueblo, incapaz de comprender las ventajas de la república, contestó con tan vivas muestras de adhesión en todos los ámbitos de la nación nueva á la exaltación al trono del victorioso caudillo, que un hombre superior á Iturbide por la inteligencia y el carácter se habría ofuscado completamente: un rey mexicano era, para las clases indígenas y de educación rudimentaria de una sociedad que había crecido en la religión de la monarquía, el símbolo vivo de la independencia.

Pero si las ideas, cuando adquieren la forma de sentimientos, gobiernan el mundo, es



con la condición de que se identifiquen con los intereses, que son sentimientos inferiores, pero avasalladores: el Imperio, á pesar de su popularidad, nació muerto, porque nació indigente y defraudó instantáneamente las esperanzas de cuantos en él veían una piedra filosofal, una receta para convertir en oro para los empleados, posición á que aspiraban todos los mexicanos, *los inagotables tesoros naturales del país más rico de la tierra*, lo que era un axioma por tal modo evidente que quienes se atrevían á criticarlo eran tachados de malos patriotas. Las ceremonias de la coronación, que, naturalmente, tuvo un aspecto lujoso y ridículo, una verdadera apoteosis de advenedizos, pecado imperdonable para la parte culta de la sociedad mexicana, dada al epigrama y que todo lo tolera menos la suficiencia; la organización de la casa imperial, á la que pertenecieron varios de los nobles de la aristocracia colonial; la composición del ministerio, del consejo de Estado, de la dirección del ejército, en todo lo que Iturbide fué pródigo y generoso, halagando á sus mismos enemigos; la fastuosa inauguración de la orden imperial de Guadalupe, los besamanos, las funciones religiosas, los festejos y las oraciones populares animaron y encantaron á la sociedad en los primeros días de la dinastía nacional.

Mas la situación financiera devoraba las entrañas de aquel régimen, que, á pesar del desprendimiento de Iturbide, resultaba por todo extremo caro, y que fué frustráneo, precisamente porque fué insolvente; no podía comprenderse un Napoleón (este nombre y este ejemplo fueron la fatal *obsesión* de Iturbide) apoderándose del dinero ajeno. Ciertas ó conjeturales, por posibles, las noticias sobre conspiraciones de borbonistas é insurgentes ó republicanos menudeaban; la inquietud y el desasosiego, el temor de acontecimientos graves, ganaba á las provincias, partiendo de la capital; Iturbide, violando el fuero constitucional de los diputados, hizo prender á varios de los más conspicuos por sólo ser enemigos suyos, pues no había pruebas ningunas del crimen político que se les atribuía, y principió así á plantearse un gran proyecto de usurpación.

La guerra latente entre el Emperador y el Congreso, que la inmensa explosión de entusiasmo de los días de la coronación habían amortiguado y aplazado, estallaba al fin más acerba que nunca. El Congreso había vivido de política; poco práctico había hecho en materia de administración; había dejado al erario vivir de expedientes, al día; el *déficit* era terrible, lo aumentaban el Imperio y la necesidad de mantener en pie de guerra un ejército, enorme en relación con los recursos (35.000 hombres), porque el Emperador no quería ni podía tal vez prescindir de él. Iturbide promovió una reforma electoral, bien cuerda en sí misma, aunque impolítica en aquellos momentos, que tendía á reducir á la mitad poco más ó menos el número de los diputados. Aconsejó esta medida D. Lorenzo de Zavala, repúblico yucateco que se había distinguido cuando joven en el grupo de intelectuales emancipados que formó el eminente profesor Moreno, quien padeció luego terribles penalidades por la exaltación de sus ideas políticas y que, después de figurar entre los representantes de la Nueva España en las Cortes de Madrid, había vuelto á su patria con ideas muy radicales, pero muy claras, con nociones fuertes y positivas en el arte de gobernar, al servicio de las que puso una extraordinaria y muy cultivada inteligencia y un carácter que solía apasionarse hasta la más terrible vehemencia. Zavala era un gran ambicioso y un gran audaz; todo su ideal político consistía en aclimatar en México las instituciones parlamentarias del tipo sajón, de que era

entusiasta devoto; pero, para preparar el camino, juzgaba necesario acabar con la influencia del elemento español en la nueva nación, destruir los privilegios de las clases hasta entonces directoras; éste fué el programa del partido liberal en México, y es por esto Zavala uno de sus fundadores próceres. Iturbide era para él un instrumento admirable para realizar el propósito esencial: la independencia nacional y social respecto de España. El proyecto de Zavala, prohijado por el Emperador, fué desatendido por el Congreso; una iniciativa para crear tribunales especiales que juzgasen á la vez de los delitos de conspiración, homicidio y robo, fué rechazada con justa razón por el Congreso. Iturbide hizo entonces prender á varios diputados, expulsó al resto por medio de la fuerza del lugar de las sesiones, y declarando disuelto el Congreso constituyente, nombró una *Junta instituyente*, para atender á lo más preciso y convocar, sobre nuevas bases electorales, un nuevo Congreso constituyente.

La Junta se encontró con el problema financiero en el momento de nacer; una solución sensata, aunque fuese provisional, era negocio de vida ó muerte. Pero, ¿cómo asegurar la vida del día siguiente? En tal grado era precaria la situación, que se decretó un préstamo forzoso, forma de exacción muy parecida al robo oficial, y se autorizó al emperador para apoderarse de una *conducta* de más de un millón de pesos que iba rumbo á Veracruz, lo que se parecía á un saqueo. Zavala trazó un plan de hacienda, en que para cubrir un déficit de varios millones se decretó una capitación, se ordenó la acuñación de una fuerte cantidad de cobre y se creó un papel moneda, que, á pesar de la honradez con que el gobierno trató de amortizarlo rápidamente, nació entre el descrédito y la desconfianza, que lo depreciaron terriblemente.

En Veracruz, el brigadier Santa Anna había intentado algo sobre Ulúa, que salió contraproducente y que le colocó en una situación equívoca que inspiró al Emperador gran desconfianza; para asegurar el éxito de su plan de quitar el mando á Santa Anna y consolidar la situación en Veracruz, bajó á Jalapa, en donde creyó haber reducido á la impotencia al inquieto brigadier. No fué así; éste sublevó la guarnición de Veracruz, bajo los complacidos ojos del gobernador español de Ulúa, y proclamó una cosa que apenas podía figurarse lo que era. Uno de los políticos perseguidos de Iturbide, mexicano, pero que tenía la representación de Colombia en México, Santa María, le redactó un manifiesto y un plan en favor de la república.



D. Lorenzo de Zavala